

UNIVERSIDAD CATOLICA Y PROYECTO EVANGELIZADOR DE LA SOCIEDAD Y DE LA CULTURA

Luis Ugalde, s.j.

La Asamblea Episcopal de Aparecida nos dice que “según su propia naturaleza, la Universidad Católica presta una importante ayuda a la Iglesia en su misión evangelizadora” (n.341). Luego da una clave de identidad para la universidad católica: “...que ponga los nuevos descubrimientos humanos al servicio de las personas y de la sociedad” y la “formación de profesionales que comprendan los valores éticos y la dimensión de servicio a las personas y a la sociedad” (Ib.). *Poner al servicio* es la clave y la Iglesia aprecia una especial dificultad para que la formación de las personas se ponga al servicio y que los descubrimientos científico-tecnológicos se pongan al servicio. La pregunta es si la Universidad moderna en sí misma, tiene esa capacidad, o precisamente es ahí donde tiene una carencia fundamental, pues eso de poner al servicio y ponerse al servicio es algo que se le escapa a la razón y a la ciencia humana. No hay ninguna ciencia que lo enseñe. Sí puede llevar a entender el bien que significa el servicio, pero no nos hace capaces de ser servidores.

Sólo una sabiduría de otro orden nos lleva a descubrir el tesoro escondido que vale más que todo eso y que además da sentido y valor a todos los saberes, haberes y poderes que la universidad ayuda a incrementar. La vida que comunica Jesús, “como Hijo del Hombre que vino a servir y no a ser servido”, es el tesoro escondido.

Se nos dice que ese descubrimiento lo debemos hacer universitariamente. No porque él sea un saber propio de la Universidad, sino porque no se puede salvar lo que no se asume, el Evangelio tiene que asumir la Universidad y su valor instrumental para ser capaz de darle sentido humano a su uso. El cristianismo es la sal del mundo, no la comida, pero para que de sabor hay que ponerla dentro de la comida.

En el documento *Ex Corde Ecclesiae* el Papa Juan Pablo II dice que “...el objetivo de una Universidad católica es el de garantizar de forma institucional una presencia cristiana en el mundo universitario frente a los grandes problemas de la sociedad y de la cultura (n.13) y que para ello se requiere, entre otras cosas, “una inspiración cristiana por parte no sólo de cada miembro, sino también de la comunidad universitaria como tal” (Ib.)

Hay En América Latina y El Caribe hay unos 13 millones de latinoamericanos en educación superior; alrededor de un 10% de ellos en unas 240 universidades católicas o de inspiración cristiana. Su empeño es asumir la universidad y que su identidad y efectos sean discernidos a la luz del Evangelio. Tal vez hace un siglo pudo pensarse que la Universidad con su cultivo de la razón y de la ciencia no producía sino bienes y que sus egresados serían una bendición para la necesaria transformación de la sociedad y de la cultura. Hoy es evidente que no es unívocamente así. Nuestras sociedades están guiadas por egresados universitarios, pero lamentablemente su acción no es unívocamente buena, sino que están a la vista sus efectos negativos, sus carencias y sus agresiones a la dignidad humana, como parte de una dinámica económica y cultural. Ello nos lleva a las preguntas obligadas de para qué se forma en la universidad, y para qué se utiliza la ciencia, la razón y la tecnología en la sociedad. En definitiva, se requiere la pregunta del joven a Jesús:” ¿Maestro, que he de hacer para ganar la vida?”(Lucas 10,25-37).

Quisiera agregar otra nota previa, aunque no se trata de algo que voy a desarrollar, pero lo considero un hecho cultural muy peligroso. Cuando yo era muchacho en una sociedad semiindustrializada más del 90% de los jóvenes varones empezaban a trabajar entre 12 y 15 años. Por supuesto, en las culturas de predominio rural la pronta responsabilidad del trabajo era todavía más acentuada. La gran mayoría de las jóvenes asumían las labores del hogar. Hoy entre los 12 y los 25 años los jóvenes no aprenden a servirla sino a ser servidos y “mantenidos” por la sociedad. Nunca antes en la humanidad fue así. Se dan la mano el estudio y el ocio, pero no el trabajo y el servicio en una edad que marca enormemente la adultez de la persona. Por mucho que digamos que deben aprender a servir y a hacer el bien el hecho es que la mayor parte de su tiempo durante una docena de años no los expone a ello. De ahí surgen serios interrogantes sobre la manera de realizar esos estudios. Creo que este es un tema que tiene mucho que ver con la actual universidad y más con la preocupación católica de enseñar a los jóvenes- de manera práctica y experiencial- que la vida como servicio tiene más sentido que el ser servidos y mantenidos. De nuevo el tema no es la universidad, sino el tipo de sociedad que podemos construir.

Me parece que nuestras universidades necesitan nueva frescura para hacerse al menos cinco preguntas-interpelaciones de Jesús que requieren respuestas sapienciales y no sólo a través de tratados racionales y científicos. No necesitan más comida con un tratado más, sino sal para la comida ya existente. No sólo de pan vive el hombre, sino del sentido de la vida que da el amor, que es lo único que vino a traer Jesús con su revelación de Dios-Amor. Desde esa vivencia surgen cinco preguntas irreverentes:

- 1- ¿Los señores de este mundo?
- 2- ¿Los haberes de este mundo?
- 3- ¿Los heridos de este mundo?
- 4- ¿Cómo puedo ganar el juego de la vida?
- 5- ¿Los diálogos prohibidos?

Evangelizar la universidad hoy es hacerse institucionalmente esas preguntas y al mismo tiempo crear oportunidades y ambientes en los que ellas sean incluidas.

Es lo que voy a tratar de aclarar y de compartir con ustedes, convencido de que el futuro de nuestra específica identidad de inspiración cristiana pasa por ahí. Más aún la recuperación de la universidad como tal para nuestras sociedades requiere la reintroducción en ella de esas preguntas a las que responde Jesús.

I FORMAR PARA LA ACCIÓN DISCERNIDA

Si las universidades de inspiración cristiana no cultiváramos los saberes, las ciencias y las tecnologías basadas en la razón, no seríamos universidades. Y si no fuéramos capaces de discernir entre aplicaciones humanas y antihumanas de esos saberes, sería vacía e intrascendente nuestra inspiración cristiana.

Para discernir se requiere aceptar la necesidad de discernimiento, es decir que la razón no produce unívocamente el bien, sino que sus avances multiplican y sofistican también las posibilidades del mal, de la miseria y de la dominación humanas. Los avances de la razón no traen unívocamente el progreso en el mundo y mucho menos la felicidad.

Así mismo, para discernir es necesario no absolutizar, ni adorar los productos de la razón, sino examinarlos a la luz de la afirmación absoluta de la dignidad humana. Jesús fue acusado por haber violado aquello que para un piadoso judío era sagrado, el sábado consagrado al Señor. A lo que Él respondió con una frase clave para ordenar según Dios

los medios y los instrumentos a favor de la vida humana: *“No es el hombre (hombres y mujeres) para el sábado sino el sábado para el hombre”* (Mc. 2, 27). Jesús, la verdad de Dios hecho hombre, pone en cuestión el adecuado uso de los instrumentos humanos, aun aquellos que eran sagrados para un fervoroso observante de la Ley de Moisés. Entre los ritos y la vida humana que Dios afirma hay la infinita distancia que hay entre el fin y los medios. Esta es la fuente de la libertad y de la irreverencia de Jesús en los casos en que la manera de usar los instrumentos se vuelve contra el fin: afirmar la vida humana como sagrada.

No es sólo el rito religioso el que a veces se antepone a la afirmación y cuidado del hombre herido. Para explicarlo en toda su universalidad Jesús inventó la “parábola del samaritano” (Luc. 10,29) y en otros momentos señaló a la riqueza y al poder como señores de este mundo que disputan su lugar a Dios-Amor y en consecuencia oprimen al hombre: *“Sabén que entre los paganos los que son tenidos por gobernantes dominan a las naciones como si fueran sus dueños y los poderosos imponen su autoridad. No será así entre ustedes...”* (Marcos 10,42-45)

Poder no sólo es el poder político, sino que “poderoso caballero es don dinero”. Ya lo era en tiempo de Jesús y más lo es en nuestra cultura economicista. También Jesús nos puso el dilema: *“Nadie puede servir a dos señores...No pueden servir a Dios y al dinero”* (Mateo 6,24). O sea que el dinero con frecuencia señorea e instrumentaliza a las personas. Para que no ocurra así hay que relativizar el dinero a su condición de medio, discernir los efectos de su uso, y organizar la sociedad y sus instituciones de manera que se impida la conversión del hombre-fin en simple medio para la acumulación de poder. Para los que adoran al dinero como absoluto, Dios se convierte en instrumento y a sus ministros se les pide su dócil bendición de la acumulación, aun cuando ésta sea inhumana.

Las universidades son fuentes excepcionales de incremento de ciencia y de tecnología y sus egresados están preparados para tener más poder en la sociedad. ¿Lo están para tener más discernimiento, es decir para usar los saberes y para convertir el poder en un instrumento de servicio a la humanización? Es indispensable preguntarnos qué hacemos en nuestras universidades de inspiración cristiana para incrementar la capacidad del buen uso humanizador de la razón, de la ciencia, de la tecnología y del poder, y hasta qué punto los graduados salen con la voluntad de usar sus capacidades universitarias para crear un mundo más justo y de oportunidades de vida digna para todos. Jesús dice que donde está tu tesoro allá está tu corazón. Al final son los afectos los que deciden cuál es nuestra apuesta en la vida. ¿Forma bien una universidad que no cultiva los afectos que deciden el rumbo de nuestras vidas?

Ésta no es sólo una responsabilidad individual, sino un planteamiento colectivo de las instituciones universitarias, que se coloca en el centro del modo de ser universidad y nos lleva a preguntarnos qué universidad queremos para qué sociedad.

No es posible crear sociedades con alternativas más humanas volviendo la espalda a las capacidades científicas, tecnológicas, empresariales que hay en un país con sus condicionamientos y circunstancias en un mundo globalizado. Pero tampoco lo es sin la formación de una cultura adecuada para los cambios y un corazón con convicciones y compromiso decidido por la dignidad humana. Lo difícil es asumir todo ello desde dentro del quehacer universitario, de manera que sus potencialidades se orienten al compromiso con la justicia social, la inclusión y la paz nacional e internacional para que todos tengan vida y dignidad.

Uno de los fundadores de la Bioética Van Rensselear Potter escribió hace unos años: *“La humanidad tiene la urgente necesidad de una nueva sabiduría que ha de proveer*

el conocimiento sobre cómo usar el conocimiento para la supervivencia del hombre y para mejorar la calidad de vida". Cada año que pasa se hace más evidente esta necesidad y el desequilibrio entre los avances de la ciencia y la tecnología por un lado y la debilidad de la conciencia humana y de la sabiduría para señorearlos y usarlos en defensa de la vida y su calidad.

Quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones que no son exclusivas de los cristianos, sino de toda persona sensata que mira sin prejuicios el desequilibrio de un mundo con impresionante desarrollo instrumental y material y con tanta debilidad para ordenarlo al bien de la dignidad humana de todos. Esta creciente preocupación se acentúa cuando vemos que es cada vez mayor la capacidad destructiva de la humanidad, de hacer invivible su hábitat y de agotar recursos vitales como el agua y la energía no renovable. Con la sola lógica del poder y de la ganancia económica no puede corregirse el rumbo negativo. Me parece fundamental esta conciencia de la realidad para poder asumir en serio la relación de la universidad con la Buena Nueva de Jesús

II EL PROBLEMA DE LA RAZÓN REDUCTIVA

Las universidades se han consolidado en los dos últimos siglos como las catedrales de la razón. Grandes presupuestos nacionales y familiares se dedican para que los jóvenes salgan de ellas consagrados como sacerdotes de la religión de la razón y sus efectos de modernidad. Es un logro lleno de ambigüedades que requiere hoy reflexión crítica sobre la identidad de las universidades y de la razón que se cultiva en ellas.

Benedicto XVI invita a *"hacer ciencia en el horizonte de una racionalidad verdadera, diversa de la que hoy domina ampliamente"* (Cfr. Citado por de Mons. Michael Millar. Ver UCActualidad. Publicación de Pontificia Universidad Católica Argentina año VI, n.87, 2006, p.9). Racionalidad que domina la universidad y la sociedad moderna, tan llena de irracionalidades.

El concepto católico de la verdad no comprende meramente la razón positivista, ni sólo la dimensión cognitiva. Para nosotros la universidad no es sólo para conocer la verdad, sino también para aprender a hacer el bien con la verdad conocida; la misma acción reflexionada se convierte en fuente para descubrir otras dimensiones de la verdad. Es en la sociedad donde podemos apreciar si la razón, de manera unívoca y necesaria, va desarrollando el bien para que el disfrute de la dignidad humana sea asequible a toda la humanidad. Para el iluminismo es innecesaria esta pregunta, pues del recto conocimiento se sigue el bien y sólo por ignorancia la gente hace el mal.

Sentimos que la historia contemporánea con guerras sofisticadas como nunca antes y dirigidas por las potencias técnicamente más avanzadas, demuestra que la razón aumenta también la capacidad destructiva de la aplicación científica y tecnológica. La sociedad no la hace la razón, sino que es la voluntad los intereses y las pasiones humanas las que deciden su aplicación.

Esto nos obliga a las universidades a plantearnos la integralidad del conocimiento humano, más allá del reduccionismo racionalista-positivista y también a preguntarnos sobre la integralidad de la formación-acción de la persona universitaria, que comprende su entendimiento, voluntad, afectos y acción. ¿En qué grado es humanamente razonable la sociedad configurada por la modernidad racionalista?

El centro de la famosa clase del papa Benedicto XVI en la Universidad de Ratisbona hace dos años, que desató tanta polémica en relación al Islam, era el reduccionismo racionalista en Occidente, es decir la mutilación de la razón humana.

Dos son básicamente las mutilaciones: 1) reducir la razón a un conocimiento positivista e instrumental, excluyendo la comprensión de dimensiones vitales de la persona humana, y 2) separar el conocimiento de la acción, y la universidad de su misión responsable y explícitamente humanizadora de la sociedad.

Para nosotros sería reduccionismo limitar el cristianismo a un pietismo de una fe que prescindiera de la razón, o a un espiritualismo con una fe sin amor y por ello incapaz de actuar en la sociedad movida para transformarla en una realidad más justa y humana.

1- Las Preguntas a la fe puesta en el banquillo

En términos cristianos hay dos grandes batallas que se remontan dos mil años, pero que con la modernidad (y en los tiempos postmodernos) se vuelven particularmente agudas y determinantes: Fe-Amor y Razón y Fe-Amor y Justicia.

El cristianismo en Occidente fue retado hace un par de siglos por una Razón excluyente y con pretensión de ser omnicomprensiva. En los días de la Revolución Francesa se entroniza la Razón, desterrando el oscurantismo de la religión. Fe y Razón, Fe y Ciencia eran presentadas como excluyentes y para muchos iluministas su relación era entre la noche oscura de la religión con el amanecer radiante que la disipa y remplacea con la razón. El conocimiento iba inseparablemente unido al bienhacer.

Años más adelante los hijos rebeldes de ese mismo racionalismo veían el terrible divorcio entre conocimiento y la justicia en la sociedad burguesa y dijeron que el reto de la humanidad lacerada por la miseria del proletariado, no era conocer el mundo, sino transformarlo para hacerlo plenamente humano. La alienación no era mental, ni de simple idea equivocada, sino que estaba en la realidad social, determinada por una base material, una economía que hacía a unos opulentos, mientras que la mayoría era condenada a la miseria, a causa de la apropiación de su producción por aquellos pocos. El racionalismo marxista descubría las leyes de la alienación incrustadas en el proceso productivo, y la liberación vendría por la toma del poder por las mayorías y por la eliminación de la fuente misma de la alienación humana implantada en la economía, que era la propiedad privada de los medios de producción. Ese era el modo de saltar de la injusticia a la liberación, hacia la plena dignidad humana colectiva y, por ende, personal. De nuevo aquí la religión era un estorbo, era el opio que adormece, el suspiro en la miseria que proyecta en otro mundo la justicia, la igualdad y la liberación que hay que hacerlas realidad en éste (Cfr. Carlos Marx Crítica de la Filosofía del Derecho). De acuerdo a esto, un mundo justo, necesariamente será ateo.

Así llegamos al umbral del siglo XX con los dos retos que afirman la incompatibilidad de la fe con la razón y la ciencia por un lado, y la imposibilidad de crear un mundo justo mientras haya religión, o, dicho de otra manera, la extinción de la religión en un mundo justo, donde ya no habrá ni suspiro, ni hará falta opio para adormecer y mitigar los dolores de la miseria humana.

La Iglesia aceptó estos dos retos y no renunció a su papel en este mundo moderno, emancipado de su tutelaje. En la Universidad Católica y en la Sociedad ella afirma, sin imponer, la convivencia, y la mutua necesidad y exigencia de razón y fe, de justicia y fe que actuada animada por el amor.

Hoy ante un mundo moderno y postmoderno poco justo y razonable, aunque con desarrollos instrumentales que parecieran ser muy capaces de lograr las dos cosas, nos preguntamos por qué no las logra.

Benedicto XVI en la conferencia en Ratisbona señala que el reduccionismo reside en el positivismo que lleva a “*entender cómo funciona la materia y cómo es posible usarla eficazmente*”. Su método como tal excluye el problema de Dios "*como un problema*

acientífico o precientífico". Nosotros añadiríamos que ese tipo de racionalidad también excluye el problema del corazón y del Amor que da sentido de la conducta humana y es capaz de ordenar el mundo usando los instrumentos racionales para hacerlo más humano.

El profesor Ratzinger en Ratisbona puntualiza: "*Mi intención no es el reduccionismo o la crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y su aplicación*". No estamos contra la razón, sino que buscamos su comprensión más amplia y abierta a la integralidad del misterio humano y a su aplicación para hacer del mundo un lugar para la dignidad de hombres y mujeres.

Cuando al comienzo del Evangelio de Juan se nos dice que el Verbo es Logos, Razón y Palabra (Juan 1,1) y la primera carta de Juan afirma que Dios es Amor (1 Juan 4,1-8) no se nos habla de dos realidades opuestas y excluyentes, sino de una más amplia, Dios-Amor, que incluye la razón instrumental y positivista, sin reducirse a ella, ni absolutizarla, sino guiando su aplicación para dar vida y no para producir muerte.

Hoy la Universidad de manera amplia y plural debe abrir el debate sobre la esencial ambigüedad de la aplicación de la razón. Ni implícita, ni explícitamente se puede defender que el mal solo es causado por la ignorancia y que toda persona ilustrada, siempre hará el bien. Lamentablemente esta promesa-profecía, luego de dos siglos de predominio, no resiste un examen de sus resultados.

La razón instrumental positivista desarrolla una ciencia y tecnología maravillosas, que constitutivamente se prestan como instrumentos al servicio de la humanización, pero si la mente humana y la sociedad absolutizan su condición relativa, reducen a los hombres y mujeres en instrumentos sin fin en sí mismos, sino para los intereses de los demás. En un enfoque positivista reductivo, ni el misterio humano tiene cabida, ni la ética tiene sustento. ¿Cómo podríamos fundamentar la afirmación de que el pobre, débil, enfermo e "inútil", tienen la misma dignidad que el poderoso y el rico? ¿Cómo sustentar que dar la vida por otro no es perderla, sino ganarla? ¿Qué razón positivista nos explicará que el yo no puede encontrarse, sino saliendo de sí y perdiéndose en el otro para hallarse en el nos-otros? ¿Cómo defender que el avance tecnológico que revoluciona la computadora o el celular no es más importante que mil vidas "inútiles"? ¿Por qué la apropiación de unos pozos petroleros no merece una guerra, aun a costa de la muerte de 100.000 personas de menor valor e importancia?

El año pasado el Papa en la fiesta de Santo Tomás de Aquino dijo: "*La tendencia a considerar verdadero sólo lo que se puede experimentar constituye una limitación de la razón humana y produce una terrible esquizofrenia, en la que viven racionalismo y materialismo, hipertecnología e instinto desenfrenado*". (Benedicto XVI Citado en El Universal de Caracas 29-01-07 p.1-17)

En este contexto nos preguntamos: ¿La Universidad incluye sólo la inteligencia o también la voluntad, sólo los saberes y conocimientos o también la sabiduría de utilizarlos para la vida y el bien?; ¿sólo enseña a conocer el bien o también forma la voluntad y el afecto para hacerlo con la verdad conocida? ¿Se puede cultivar el mundo de las leyes científicas y dejar las otras dimensiones humanas a la subjetividad de cada uno, o son necesarias vivencias y foros públicos permanentes donde se intercambien ideas y convicciones y sean cultivadas, sin imponerlas a la fuerza? ¿Quién es el que aplica la ciencia y la tecnología o quién decide sobre su aplicación? ¿No son, entre otras, las universidades las llamadas a ser plataformas de experiencias y de vivencias trascendentes y foros abiertos y críticos?

Si en las sociedades y economías el uso eficaz de la razón instrumental pone todo el talento universitario dócilmente en manos de una cultura utilitaria y una eficacia

economicista, las personas tanto cuentan cuanto sean capaces de consumir y producir. No es sorprendente la analogía con una granja eficaz.

Ciertamente es un bien para la persona y la sociedad una Universidad Católica que se asume como tal, en rebeldía ante los reduccionismos personales y sociales. No lo hacemos por rutina, ni por tradición o porque todavía no hemos tenido, ni el tiempo, ni la audacia de quitarle el letrero de “católica”. Lo hacemos porque el imperialismo de la razón instrumental y positivista ya no es una promesa liberadora, sino una realidad ambigua que también produce frutos de opresión, que están a la vista en el mundo y en cualquiera de nuestros países. Los frutos negativos de esta civilización ponen en peligro el futuro de la humanidad; por ello necesitan discernimiento cuidadoso.

II LOS FRUTOS DE LA RAZÓN INSTRUMENTAL

Occidente lleva más de dos siglos de ciencia y de razón. Ya no son promesas (sobre todo en los países que encabezan el desarrollo científico-tecnológico y económico), sino realidades cuyos logros y límites están a la vista. Las sociedades de dictadura comunista tuvieron su oportunidad y se derrumbaron por sí mismas, tras más de medio siglo de dominio total. Por eso, ya no se puede hablar de socialismo con ingenuidad e idealismo, como si nada hubiera ocurrido en la historia del siglo XX, o como si sus promesas no hubieran sido sometidas al examen de las realidades y de los logros. Así mismo hay que evaluar y confrontar también los resultados con las promesas de la modernidad racionalista en su versión más capitalista.

Mencionemos algunos:

1- Avances de la ciencia y de la tecnología.

Gracias a la razón, en esta “era del conocimiento” los avances de la ciencia y de la tecnología son realmente prodigiosos e ilimitados y sus aplicaciones han transformado el mundo material y cultural.

2- Evidencia empírica de la insuficiencia del conocimiento “ilustrado” para hacer el bien.

Las guerras más espantosas y destructivas de la humanidad se hicieron en Europa en el siglo XX, promovidas por los países más modernos y de avanzada racionalidad instrumental, lo que evidencia la ambigüedad de ésta. Esto no se acabó allí, sino que hoy la eficacia destructiva es mayor. Basta mirar a la guerra de Irak y las que destruyen varios países africanos. El grado de humanidad, de convivencia y de justicia social que se logra en América Latina está muy por debajo de lo que técnicamente y por disponibilidad de recursos sería posible.

No es sólo una idea religiosa de S. Pablo (y también de otros pensadores no cristianos) aquello de que *“no hago aquello que quiero, sino que hago lo que no quiero”* (Rom. 7, 15) *“Yo soy capaz de querer el bien, pero no de realizarlo”* (Rom. 7,18), sino que es **una evidencia empírica** la dinámica destructiva en la sociedad actual más “avanzada”. El avance de La razón y el mal son compatibles y con frecuencia avanzan formando poderosas alianzas. También es una evidencia la capacidad humana de autoengaño y de destrucción. **Las ciencias positivas y la razón no** llevan en sí mismas el saber hacer el bien, ni la voluntad de hacerlo. Sirven para matar y también para defender la vida, y no depende de ellas mismas su aplicación para lo uno o lo otro. El discernimiento y el **para**

qué, los ponen las personas, su sentido de vida y su querer; pero pareciera imponerse un mundo donde se supriman las preguntas sobre esas dimensiones vitales.

3- El amor a la vida y en la vida no se resuelve sólo con la razón.

En ese sentido, es cierto para las personas, instituciones y culturas, lo que afirma Pablo en la carta primera a los Corintios: *“Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia.... Si no tengo amor, nada soy”* (1 Cor. 13, 2).

No vemos argumento racional positivista que demuestre que es más científico hacer casas de atención para los de la “tercera edad”, que eliminar a los ancianos que, luego de su vida productiva, se vuelven carga pesada e “inútiles” para la sociedad. Lo mismo podemos decir de los “niños de la calle”, de los presos delincuentes, e incluso de algunos países enteros que en su pobreza pueden considerarse un lastre para la humanidad. La razón no da para más y con frecuencia se utiliza para justificar crímenes. Viene de otras fuentes la convicción del valor absoluto de la vida humana sin importar cuan débil, pobre y molesta sea la persona. ¿Es tan secundaria esa dimensión que se pretende lograr un mundo mejor sin cultivarla, sin espacio público para ella y con mera tolerancia de su sobrevivencia oculta en las conciencias o en alguna sacristía?

Ante los logros e insuficiencias de la razón instrumental, no sólo se caen las promesas iluministas de plenitud, sino que surgen en toda persona honesta (creyente o no) las preguntas: ¿Dónde se aprende el amor que da sentido a la vida y la mejor aplicación de la ciencia para defenderla? ¿Dónde se aprende a no ser Caín, sino Buen Samaritano? Cuando decimos “aprender “ a hacer el bien, no nos referimos a estudiar una lección de un libro, sino aprender a ser capaz de dar la vida por el otro. Es lo que nos trae Jesús como experiencia, sentido y felicidad suprema.

Es obvio que el mundo actual, donde los poderes (políticos y económicos) tienen a su servicio todo el potencial de la ciencia y la tecnología modernas, vive sin embargo en amenaza de muerte por agotamiento de recursos básicos y destrucción del medio ambiente; por la pobreza, la guerra, la incapacidad diálogo mundial entre distintas culturas que se reconocen y se valoran como parte de una humanidad única con pluralidad de pueblos, razas, culturas y religiones.

III UNIVERSIDAD CATÓLICA, POBREZA Y DESARROLLO HUMANO

La educación superior católica en América Latina es una realidad con centenares de centros (unos 240) y cerca de un millón de estudiantes. No está en extinción, como pudo pensarse hace 30 años, sino en auge y con creciente demanda.

¿Cómo hacer para que tengamos una presencia más significativa en la búsqueda de soluciones y cómo la fe en Jesucristo, la inspiración cristiana y la identidad católica son más vigorosas en la Universidad y con modos propiamente universitarios?

La identidad de las universidades de **inspiración cristiana nos lleva a leer las sociedades y nuestra contribución a ellas** desde la perspectiva de la dignidad humana y específicamente desde la **“opción por los pobres”** para lograr sociedades más equitativas, dejando atrás la pobreza indigna.

Al vivir en un mundo globalizado y en un continente con formas seculares de dependencia y de subordinación, los latinoamericanos no podemos ignorar que los factores decisivos económicos, financieros, culturales y políticos, tienen su centro fuera de nuestros países, pero hay que evitar la fácil evasión de presentar de tal manera la dependencia externa que se olviden (y se justifiquen) las responsabilidades de nuestras

sociedades y de sus internas élites políticas, económicas y profesionales en los fracasos de nuestros países y de anular nuestras propias posibilidades. Nuestra ineficiencia, la corrupción pública, la falta de espíritu empresarial con responsabilidad social, la demagogia política palabrera, y las carencias de espíritu público, de ciudadanía solidaria y de instituciones eficientes, contribuyen terriblemente a la miseria de las mayorías. Pero donde están los males, están también las posibilidades y tenemos numerosos éxitos multiplicables.

La globalización ha agravado algunos de nuestros problemas, pero también ha puesto a nuestro alcance medios nuevos que nos permiten cambiar más rápidamente los problemas que venimos arrastrando desde lejos.

A continuación vamos a señalar algunos elementos en los que las universidades católicas latinoamericanas podemos y debemos sobresalir cultivándolos como rasgos de nuestra identidad en un mundo globalizado:

1- Antropología solidaria e inspiración abierta a un Dios trascendente, cercano y hermanador, entendido y vivido como Amor personal, tal como se nos manifiesta con rostro humano en Jesús de Nazaret. En definitiva, en Jesús se nos muestra Dios como Amor trascendente y no como reflejo servil de los poderes humanos, un Dios que es pura gratuidad y, por ello, nos revela el sentido de la vida que encontramos cuando nos abrimos como don hacia los otros. Para encontrar al yo y su realización es necesario abrirse a los otros, en el “nos-otros”. Esta no es simplemente una verdad cristiana para los cristianos, sino una revelación de la condición humana de toda persona en la que nos encontramos con lo más humano-divino de nosotros mismos.

2- Radical afirmación de la dignidad humana. Por la dignidad de ser humano (no por la fuerza, riqueza o belleza que se tenga) nadie puede ser reducido a simple instrumento de otro; cada uno tiene en sí mismo un fin trascendente. Importante recalcarlo en una cultura en la que tanto vales cuanto consumes o produces; o en sistemas políticos en los que las personas sólo son valoradas como fichas al servicio del poder.

Este reconocimiento de la persona y su dignidad llevó a Jesús a varios diálogos prohibidos que han de ser de especial valor para nosotros aprender a tratar hoy con personas con quienes nuestra cultura nos prohibía todo trato. Fijémonos sólo en uno. Jesús en su cultura religiosa judía no podía tratar con la samaritana porque era mujer, no era judía y vivía en pecado con quien no era su marido. Pero Jesús abrió el dialogo no condenando los pecados de la interlocutora, sino descubriendo algo que ella tenía y le faltaba a él, el agua del pozo. En el diálogo se van abriendo las otras posibilidades y ella descubre y reconoce sus carencias y se dispone a recibir lo que Jesús le pueda dar, la experiencia de Dios-Amor (Ver Juan 4,1-40). La universidad católica debe ser centro de diálogo sin prejuicios ni fronteras.

3- Opción preferencial por los pobres. En los últimos 40 años la Iglesia latinoamericana “redescubrió” esta identidad evangélica fundamental y ayudó a que el conjunto de la Iglesia lo reactivara; la civilización humana misma debe examinar y aprender a medir su calidad humana por su relación a los pobres, oprimidos y marginados y por su decisión de liberarlos. Nosotros no proclamamos la opción por los pobres como un principio filosófico, ni como una medición racionalista, ni tampoco como una limosna. La Biblia nos dice que quien maltrata a la viuda, al extranjero, al huérfano y al pobre, se encontrará con la ira de Dios, pues El es defensor de los débiles. Jesús nos dice que lo que hacemos con el más pequeño lo hacemos con Él. Esa es la dimensión sagrada del pobre, su dignidad irreductible: quien la niega, niega a Dios y

reniega de la vida. No son separables el amor a Dios y al prójimo, y los creyentes no podemos tener aquél sin éste.

La relación con el pobre concreto nos da la medida de nuestra fe, de nuestro sentido de la vida, de la calidad de nuestra economía y política. A esta luz evaluamos universitariamente los sistemas políticos, económicos y culturales, apreciamos la marcha de nuestros países y actuamos responsablemente para transformarlos.

4- Afirmación de la razón y de los poderes como realidades necesarias para producir el progreso humano y, sin embargo, radicalmente ambiguas, cuyo ordenamiento humano requiere conciencia y discernimiento. Como universidad no somos maniqueos, sino que afirmamos la razón, las ciencias y las diversas formas de los saberes, y buscamos su máximo desarrollo, respetando la naturaleza de cada ciencia y sus leyes intrínsecas. Las necesitamos para desarrollar nuestros países; aunque siempre es una tentación de cristianos el maniqueísmo de llegar a metas condenando los medios.

Aunque el estudiante en su formación ética se prepare para el uso humanizador de todo ello, no sale a actuar en un campo neutral y sin resistencias al buen uso del Derecho o de la Economía. En el mundo hay una economía y unos intereses dominantes y las vigentes relaciones internacionales de poder no son neutrales. En la práctica la actuación humanizadora va a encontrar graves dificultades para lograr sociedades más justas y una globalización distinta, superando la pobreza de la mayoría de la humanidad, destinando a educación y salud de los países y de los sectores más necesitados los billones de dólares que hoy se destinan al armamentismo, por ejemplo. Hacer fuerte al débil, para que todos los países tengan empleo y desarrollo propio, para que sea eficaz la solidaridad con las generaciones que todavía no han nacido y no privarlos del medio ambiente de calidad..., mientras sean palabras de discursos protocolares serán aplaudidos, pero si quieren ir a la práctica resultarán subversivos por su contenido contracultural.

Es también una deformación pensar que hay alguna sociedad donde el mercado (que por cierto para su buen funcionamiento entraña ética y no exclusión) puede funcionar de manera beneficiosa, sin una buena institucionalidad y sin un Estado fuerte con leyes que se aplican para todos. No es de hoy, sino de hace 76 años, la luminosa afirmación de Pío XI *“Es de todo punto necesario, por consiguiente, que la economía se atenga y someta de nuevo a un verdadero y eficaz principio rector. Y mucho menos aún puede desempeñar esta función la dictadura económica que hace poco ha sustituido a la libre concurrencia”* (Quadragesimo anno n. 88)

5- Pluralismo cultural y diálogo religioso. La inspiración cristiana nos lleva a reconocer al otro como otro en su dignidad e identidad. La radicalidad de la fe cristiana afirma la dignidad de los otros por el mero hecho de ser humanos en un mundo con diversidad de razas, religiones, género, culturas... En consecuencia, la universidad católica desarrolla una conciencia personal y un clima institucional que afirman, con visión universal, el diálogo intercultural y la valoración del otro, del que es distinto, del divergente. Así hace presente y recrea el diálogo de Jesús con la samaritana, como hemos mencionado antes.

En la aceptación ética se implica toda la persona y se comprometen su voluntad, afectividad, inteligencia y acción: La verdad ética es asumida de tal manera que orienta toda nuestra acción y estamos dispuestos a dar la vida por ella.

Estos son apenas los enunciados de algunos de los tesoros liberadores que encierra la fe cristiana y que en el mundo se echan de menos.

Estamos convencidos de que en nuestras universidades de inspiración cristiana, además de la formación general para todos, tenemos que desarrollar programas de liderazgo integrales y bien pensados que los doten de la vivencia de Jesús, les enseñen a asumir lo público con responsabilidad, les brinden experiencias sociales en las que aprenden a salir de sí mismos y a hacer puentes sociales que vinculan al mundo profesional y a los sectores pobres. Todo ello acompañado de formación teórico-práctica, ciudadana y política.

La vivencia del Dios-Amor que nos comunica Jesús nos lleva a hacer presente este sello en las universidades católicas, y su vivencia diaria con apertura ayuda a descubrir que Dios actúa hoy con tanto vigor como en los tiempos de Jesús y que las nuevas generaciones- lo sepan o no- quieren beber de esa agua de vida.

Honduras abril de 2008